

PRÓLOGO

UN AÑO DE EXPECTATIVAS

Estamos en un año electoral crítico, posiblemente estemos presenciando un cambio de ciclo político: se anuncia en las pasadas elecciones locales y autonómicas de mayo y se puede certificar en diciembre con las elecciones generales. Se trata de la fractura del bipartidismo, por causa principalmente de la crisis económica y de los escándalos de la corrupción, para dejar paso a un panorama mucho más abierto y de mayor cantidad y variedad de opciones políticas, entre las que destacan dos fuerzas emergentes, Ciudadanos y Podemos. Ya se ha visto en la formación de los Gobiernos locales y autonómicos: no hay mayorías absolutas y ha habido que negociar. Para disgusto de los partidarios de las mayorías fuertes, entramos en la cultura de la negociación y de los acuerdos, incluso entre fuerzas muy distintas, algo que se venía echando de menos y a lo que no estamos acostumbrados en España, no así en otros países europeos en los que la cohabitación política es habitual.

Los partidarios de las mayorías fuertes no dejan de predecir la ingobernabilidad desde todas las tribunas posibles y da toda la impresión de que se está escenificando forzosamente en estos primeros compases de los nuevos Gobiernos locales autonómicos, a los que se está sometiendo a un fuerte acorralamiento político y mediático. Por eso pudieran tener razón los que dicen que la verdadera medida de los nuevos Gobiernos y de sus políticas no se podrán apreciar debidamente hasta pasadas las elecciones generales, cuando las aguas de la normalidad vuelvan a su cauce y se deje de representar el teatrillo preelectoral.

Ahora mismo, a dos meses vista de las elecciones generales, cuando esto escribo, dos grandes perjudicados parecen resultar de este proceso: la derecha política neta, representada por el Partido Popular, a la que las encuestas parecen presagiarle una considerable pérdida de escaños, y la izquierda clásica, personificada en IU, formación a la que las mismas encuestas dan casi como desaparecida. Habrá que ver qué papel acaban representando sus verdugos: habrá que ver si Ciudadanos se convierte en un complemento del PP o si pretende ocupar su lugar; habrá que ver si Podemos es verdaderamente una fuerza alternativa, con nuevas propuestas y nuevas formas de hacer política, o si acaba sustituyendo sin más a IU en su papel de izquierda radical. Lo que sí parece servido es la lucha sin cuartel por ese rico pastel del centro sociológico que se disputan el PP, por la derecha más derecha, que es hacia lo que ha venido derivando, por Ciudadanos, desde la derecha más sutil, por el PSOE, desde la orillita izquierda, y por Podemos, desde no se sabe muy bien qué lado.

En todo caso, un panorama nuevo e inusitado, no exento de sus buenas dosis de intriga y misterio.

Posiblemente, cuando se puedan leer estas líneas, ya se hayan desvelado muchas incógnitas, por lo menos en cuanto a los resultados alcanzados por las distintas candidaturas y formaciones políticas. Ahora bien, en cuanto a la concreción de sus propuestas en la política real y a la evolución política de cara a un futuro no muy lejano de esas mismas formaciones... se tardará algo más en verse.

Aquí, en la tierra que pisamos, como en el resto de Aragón, contamos con nuevas autoridades locales y comarcales, pero sin especiales alteraciones salvo, si acaso, el cambio de color político en la presidencia de la Comarca, función en la que Antonio Donoso, del PSOE, ha sustituido a Manuel Alquézar Burillo, del PP, y salvo, también, el pacto de gobierno suscrito por cuatro formaciones (IU, PSOE, CHA y Asamblea Abierta) en el Ayuntamiento de Andorra, algo ciertamente novedoso y que suscita gran expectación.

La crisis, se diga lo que se diga, no parece amainar, por lo menos en sus efectos sociales, y puede que estos persistan más en localidades y núcleos como Andorra con una débil estructura industrial y que ha sufrido un desmantelamiento brutal en su principal fuente de riqueza y empleo. Por eso ya es hora de que por fin se pongan los representantes de la ciudadanía a trabajar codo con codo en la recuperación económica y social de Andorra y comarca echándole un pulso a la realidad. Por eso, ya que al fin, después de varias legislaturas con Gobiernos en minoría, se ha llegado a un acuerdo de partidos en el Ayuntamiento andorrano, tienen que hacer una profunda reflexión todos los grupos sobre la situación real de la economía y sociedad andorranas y sobre lo que significa un acuerdo de gobierno. Ante todo es una voluntad común de fijar los objetivos prioritarios de actuación que puedan hacer viables un proyecto o la resolución de un problema cruciales, dejando de lado si es necesario aspectos secundarios o de interés preferente solo para algún grupo político de los que forman ese Gobierno, para ser más eficaces y evitar fricciones innecesarias. Porque esto es como lo que se exige a la mujer del César, que no solo debe ser honrada sino parecerlo: es necesario cuidar esas formas de unidad para que la ciudadanía se lo crea, levante su moral y ponga su confianza en quienes la gobiernan.

Ciertamente, los programas de recuperación deben centrarse en satisfacer las necesidades sociales inmediatas de la población, especialmente las de los más necesitados y desfavorecidos, y buscar vías para la reconstrucción económica, atrayendo em-

presas foráneas e incentivando las inversiones de las iniciativas locales. Es decir, es normal y necesario volcarse ante todo en la política económico-social. Sin embargo, no hay que olvidarse de la Cultura, que viene pagando sobremanera las restricciones imperativas de las políticas anticrisis dominantes. He tratado de explicar repetidamente desde estas páginas por activa y por pasiva, lo importante que es la política cultural para cualquier sociedad, lo trascendental que resulta elevar el nivel cultural de una población para su propio progreso moral y material. No voy a insistir mucho más en eso, aunque sí quiero advertir de los peligros que la cultura corre con las políticas educativas y ciertas políticas culturales que se vienen imponiendo... y no solo en España.

Las nuevas formas, globalizadas ya, de entender la sociedad del futuro y el papel de la enseñanza han llevado a un desvarío educativo sin precedentes, que consiste en despreciar olímpicamente las humanidades y las ciencias sociales en beneficio de una formación técnica e instrumental, pragmática y utilitarista (y también deshumanizadora, diría yo), orientada a alcanzar el mejor rendimiento del aparato productivo y la mayor productividad, esa gran fórmula magistral de nuestros gurús neoliberales. Es, ni más ni menos, que la sustitución del ideal universal, en cuanto al conocimiento, heredado de los antiguos griegos y de los renacentistas por el de la especialización, es decir, la consecución de un modelo de individuo bueno para algo, pero sin mayores perspectivas. La guinda de esta paulatina y sutil sustitución es ahora mismo la reducción por decreto de las horas de Filosofía en el currículum educativo del alumnado de secundaria. Este desprecio de la filosofía es un suicidio individual y colectivo para la sociedad. La Filosofía no solo enseña a pensar (a eso contribuyen todas las asignaturas), sino que enseña a pensar críticamente y eso debe parecer a algunos, que desgraciadamente tienen mucho poder, peligroso e innecesario. El resto de las disciplinas académicas sociales, como la Historia, la Literatura, etc. ya vienen siendo igualmente desvalorizadas desde hace tiempo. Lo mismo se puede decir de las que despiertan la emoción, la imaginación y la creatividad, como la Plástica o la Música.

No cabe duda de que es un buen momento para implementar este proceso: las necesidades económicas y las urgencias sociales abonan el terreno para la fácil asunción de estos planteamientos por parte de una ciudadanía deprimida y ávida de soluciones rápidas y, desde luego, útiles y pragmáticas. Pero es una apuesta arriesgada, muy arriesgada, porque los daños producidos a medio y largo plazo pueden ser muy difíciles de revertir en el futuro. ¿De verdad estamos dispuestos a renunciar a una vida plenamente humana y rica, espiritual e intelectualmente hablando, para conformarnos con una sociedad compuesta de individuos

acríticos y sumisos, apegados a lo material y al entretenimiento alienante? ¿No es, en verdad, un sacrificio que solo tiene (o que solo debería tener) interés para una minoría, la de los que realmente sacan provecho de este diseño?

Quiero rubricar este exhorto con un texto de la muy reputada filósofa, profesora de Derecho y Ética de la Universidad de Chicago, Martha C. Nussbaum, extraído de su muy recomendable libro *Sin fines de lucro* (Katz, 2010), en el que expone de forma mucho más nítida que yo por qué la democracia necesita de las humanidades:

La idea de la rentabilidad convence a numerosos dirigentes de que la ciencia y la tecnología son fundamentales para la salud de sus naciones en el futuro. Si bien no hay nada que objetarle a la buena calidad educativa en materia de ciencia y tecnología ni se puede afirmar que los países deban dejar de mejorar esos campos, me preocupa que otras capacidades igualmente fundamentales corran riesgo de perderse en el trajín de la competitividad, pues se trata de capacidades vitales para la salud de cualquier democracia y para la creación de una cultura internacional digna que pueda afrontar de manera constructiva los problemas más acuciantes del mundo.

Estas capacidades se vinculan con las artes y con las humanidades. Nos referimos a la capacidad de desarrollar un pensamiento crítico; la capacidad de trascender las lealtades nacionales y de afrontar los problemas internacionales como “ciudadanos del mundo”; y por último, la capacidad de imaginar con compasión las dificultades del prójimo.

Las políticas culturales, demasiado a menudo, se entienden exclusivamente como una contribución al progreso de los territorios por su potencial valor económico, es decir, siempre que pueda contribuir a la atracción turística o a inversiones en torno al patrimonio natural o histórico-artístico. Si no, no es útil. Otro concepto de cultura no interesa, se convierte en un adorno. En todo caso, interesa también una cierta cultura instrumental compuesta de tradiciones, festividades religiosas o recreativas, que se mantienen en el acervo cultural de los pueblos y en la memoria de las gentes. Una herencia que podríamos decir genética, absorbida e interiorizada de forma natural individual, familiar y socialmente sin mayor cuestionamiento, por lo que casi nadie pone en duda su necesidad. Tanto lo uno como lo otro da réditos políticos en forma de votos o de promoción personal o institucional: lo primero porque se ve, ya que son al fin y al cabo realidades materiales (e inaugurables); lo segundo porque viene exigido desde una parte importante de la ciudadanía y es constatable, generalmente en forma de “eventos”. Pero la otra cultura, la del

estudio e investigación, la del fomento (no de la reproducción) individual y grupal y la de la creatividad, esa, es poco visible y minoritariamente seguida y, por tanto, desde el punto de vista (miope) político, poco rentable. Sin embargo, nada más eficaz y duradero para una sociedad culta y que quiera ser dueña de su destino que la acción cultural profunda, reflexiva y persistente, participada por un amplio espectro de la ciudadanía, no solo como espectadores, sino como actores, como protagonistas.

Unas líneas, todas estas que aquí acaban, para defender la línea cultural seguida por nuestras instituciones comarcal y municipales desde hace ya tiempo, que han hecho de Andorra y de su comarca un espejo en el que mirarse para muchos agentes culturales de nuestra provincia. Por lo menos, sigamos así.



Poco a poco, número a número, la *Revista de Andorra* viene reconstruyendo la historia de nuestra comarca, que tan necesitada estaba de ello. Y sigue estando, porque queda mucho por hacer. Aunque llevemos 15 años tratando de recomponer el mosaico completo a través de las teselas que vamos introduciendo estudio a estudio, el conjunto queda todavía cojo y con muchos vacíos que rellenar. Hay tarea para rato, así que manos a la obra.

En este número publicamos cinco estudios: de historia, de economía y de arte. El primero de ellos, firmado por José Antonio Benavente y el equipo que estudió la necrópolis de El Cabo (Andorra) tras dos campañas de excavación. Una de las primeras conclusiones es que el pequeño cementerio excavado en El Cabo, de tan solo seis tumbas y fechado hacia el 600 a. C., no se corresponde con el poblado ibérico del mismo nombre cuyo desarrollo tuvo lugar siglo y medio después (en torno al 450 a. C.). Pero la realmente interesante e inusual conclusión es que, según los estudios antropológicos y de ajuares metálicos, solo se enterraron en esta pequeña necrópolis individuos jóvenes de entre 20 y 30 años, de ellos con seguridad tres eran mujeres y los otros tres es probable que lo fueran. La clara relación entre cultura material (a través de los ajuares y adornos depositados en las urnas) y género abre nuevas vías de investigación y plantea numerosos interrogantes. Un trabajo, pues, muy novedoso sobre esta necrópolis de la Primera Edad del Hierro.

La comarca de Andorra-Sierra de Arcos cuenta ya con un estudio completo de sus iglesias parroquiales publicado por el CELAN recientemente en forma de cuaderno comarcano. Le falta todavía, y lo tenemos en proyecto, un estudio –aunque sea inicialmente a modo de estado de la cuestión– sobre sus ermitas. Josefina Lerma, siempre pionera ella, nos hace un adelanto con el estudio que aquí presenta sobre una primitiva iglesia parroquial y varias ermitas de Alloza que ya no existen. Una aportación necesaria para abrir el camino que se ha de seguir con el resto de los municipios.

Si en el equipo de Benavente participa uno de los expertos del CELAN en arqueología, en el artículo que reseño a continuación figura como autora otra experta con la que tenemos la suerte de contar en nuestro centro de estudios, Montserrat Martínez, quien se ocupa de la presencia de Roma en las tierras del Regallo, Alchoza y Guadalopillo, una irrupción que vino a romper el proceso de iberización de las comunidades antiguas iniciada en los siglos V y IV antes de Cristo. Los territorios estudiados formaban parte de la provincia romana Citerior desde el año 197 a. C.

Antonio Pizarro abandona momentáneamente sus estudios sobre minería del carbón para interesarse e interesarnos por los estudios que se hicieron a finales de 1953 por parte del INI para la posible construcción de varias fábricas de cemento en España, siendo Andorra uno de los lugares elegidos como una de las posibles ubicaciones, idea que finalmente no cuajó.

Hace unos meses la Consejería de Cultura de nuestra comarca lideró un proyecto expositivo en el que intervinieron además los Ayuntamientos de Albalate del Arzobispo y de Teruel y el Museo Provincial de Teruel. La exposición reunía el conjunto de los cuadros donados por la familia del pintor Juan José Gárate a la provincia de Teruel y se pudo visitar en Crivillén, en Albalate y en Andorra. Un esfuerzo y una colaboración poco habituales en nuestra provincia. Para completar la visión que pudimos obtener de las obras expuestas, Pilar López, doctora en Historia del Arte, precisamente con una tesis sobre el pintor albalatino, nos escribe un ensayo sobre la pintura costumbrista folclórica de Juan José Gárate y su aportación al regeneracionismo aragonés.

La sección de Notas nos trae el habitual análisis tras unas elecciones, en este caso las locales y autonómicas de mayo pasado, con especial atención sobre los resultados en nuestra comarca y en los municipios que la componen, y un texto que aparece en el libro de pagos del municipio de Castelló del año 1567 en el que consta el salario que la ciudad pagó a un gaitero andorrano. El instrumento que tocaba, según consta, era la gaita de boto, lo

que supone sin duda todo un argumento historicista para corroborar el uso desde antiguo de dicho instrumento en las tierras aragonesas.

En los primeros ochenta Andorra contó con una experiencia eclesíástica poco usual, entonces y mucho más ahora: la vida en comunidad de tres sacerdotes, que compartieron su vida y su trabajo al frente de la parroquia. Cargados de las ideas más avanzadas en el seno de su Iglesia cambiaron las formas del trabajo sacerdotal y contribuyeron no poco al desarrollo de la sociedad cívica en esos primeros años de la transición a la democracia. Manolo, Victorio y Paco son todavía muy recordados en Andorra al cabo de treinta años y ellos en la entrevista que mantuvieron con la *Revista de Andorra* nos transmiten su memoria de aquellos, para ellos, felices años. En la misma sección de Memorias reproducimos un extracto del libro que editará próximamente el CELAN sobre las memorias de Jesús Calvo Betés en relación a su Ejulve natal.

La Crónica sobre lo acontecido en nuestra comarca en 2014 y los relatos del XIX Concurso Internacional Juan Martín Sauras, ilustrados como es habitual por Manuel Gracia Gascón, cierran este nuevo volumen de la *Revista de Andorra*, que se abre, como siempre, con portada de Isidro Ferrer. Y van catorce.

Javier Alquézar Penón

Director de la *Revista de Andorra* y presidente del CELAN